

Jaime Bayly

Los golpistas



JAIME BAYLY

Los golpistas

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2026

© Jaime Bayly, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 16668-2025
ISBN: 979-13-87605-64-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares,
aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta
obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Doris Mary Letts, que me dio la cruz y el oro,
y a Joan Tarrida, que a lo lejos oyó mi voz.*

Abril, 2002

—¡Firme su renuncia ahora mismo! —le gritó el general Efraín Velásquez, comandante general del Ejército, al presidente venezolano Hugo Chávez.

Sentado en el despacho presidencial del palacio de Miraflores, vestido con uniforme militar a pesar de que ya había pasado al retiro, Chávez, quien llevaba poco más de tres años ejerciendo la presidencia de la nación, desafió al general insubordinado mirándolo a los ojos, se arrepintió de haber confiado en él, desenfundó la pistola calibre nueve milímetros que llevaba en la cintura, la puso sobre la mesa, apuntando a Velásquez, y respondió, levantando la voz:

—¡No firmo nada, carajo! ¡No renuncio ni renunciaré! ¡Soy el presidente constitucional de este país!

Luego bebió agua, encendió un cigarrillo y buscó consuelo en la añosa mirada de José Vicente Rangel, su ministro de Defensa, quien, sentado a su lado, le dijo, alisándose un bigote recio en canas:

—No firmes nada, Hugo. Si no firmas, es un golpe de Estado.

—¡No es un golpe de Estado! —rugió el general Velásquez, poniéndose de pie.

Era gordo, sorprendentemente obeso para ser un general de división en actividad. Tenía la cara rechoncha, el hocico prominente, el morro abultado y un adefesio de pelusa sobre el labio superior. Miraba como miraría un jabalí ante el peligro. A su lado, se apandillaban dos altos jefes militares: el general Manuel Rosado, todavía más gordo que el amotinado Velás-

quez, tan gordo que su rostro parecía un globo y su cuerpo embutido en el uniforme daba la impresión de estar a punto de reventar, y el general Lucas Rondón, de pelo negro y anteojos de intelectual, quienes, comandados por Velásquez, el jefe de la conspiración, habían llegado al palacio de Miraflores en un corto vuelo en helicóptero desde Fuerte Tiuna.

—¡No es una traición! —prosiguió, todavía de pie, golpeando la mesa, agitando sus mofletes, el general Velásquez—. ¡Es una posición de solidaridad con el pueblo venezolano! —bramó, y los generales sentados a su lado asintieron, moviendo dócilmente la cabeza.

El general Velásquez estaba indignado con el presidente Chávez. Se sentía humillado, desairado por el jefe del Estado. Chávez le había pedido que sacara los tanques a la calle para reprimir una marcha pacífica de los opositores, quienes deseaban llegar al palacio de Miraflores, hartos de sus exabruptos autoritarios, para forzar su renuncia. Pero Velásquez se había negado a obedecerlo y dispuso que la marcha no se detuviera. Acorralado, temeroso de que la multitud llegase hasta su despacho y lo linchase o quemase vivo, como él sabía que a veces morían los déspotas, Chávez había dado instrucciones para que sus brigadas paramilitares se apostaran en los techos de los edificios vecinos al recorrido y, desde allí, los francotiradores más avezados disparasen contra la multitud, en particular contra la vanguardia de aquella algarada. Al ver por televisión que el presidente Chávez había ordenado a sus francotiradores que disparasen a los opositores que se dirigían a la casa de gobierno, el general Velásquez y los jefes de la Armada, la Guardia Nacional y la Aviación decidieron, ardiendo en furia, sintiéndose traicionados, que Chávez, el felón, debía caer, que Chávez, el pérfido, debía ser desalojado del poder, que Chávez, el golpista, debía ser depuesto mediante un golpe de las fuerzas armadas.

—¡Le fui leal hasta hoy, señor presidente! —gritó el general Velásquez, temeroso de que Chávez cogiese la pistola y se disparase un tiro en la cabeza—. ¡Le he perdido el respeto, señor!

¡Ni mis compañeros de armas ni yo toleramos las violaciones a los derechos humanos ni los crímenes que su gobierno ha cometido hoy, atacando a una marcha pacífica y matando a personas inocentes!

De pronto se puso de pie el general Lucas Rondón, miró fríamente al presidente y le dijo, las palabras ardiendo en las llamas del odio y la venganza:

—Si no firma su renuncia, señor presidente, yo anunciaré en la televisión que usted ha renunciado y la gente me creerá y habrá júbilo en las calles. Le ruego que firme. Porque si usted entra en razón y firma su renuncia, no irá a la cárcel y lo dejaremos salir al extranjero.

—Al país que usted elija —añadió el general Velásquez.

—¡No firmo nada, carajo! —rugió Chávez, y arrojó al piso el papel que Velásquez y Rondón habían redactado en Fuerte Tiuna, el acta de renuncia del jefe de Estado. ¡A mí me eligió el pueblo, y solo el pueblo puede sacarme del poder! ¡Ustedes, miserables, no han sido elegidos por el pueblo! ¡Yo los he nombrado en los cargos que ocupan! ¡Me deben lealtad a mí, partida de escuálidos traidores!

El general Velásquez se acercó al presidente Chávez, lo cogió del pescuezo, como si quisiera estrangularlo, y le dijo, transfigurado en el hombre más poderoso del país:

—No es un golpe. Es un pronunciamiento institucional apegado a la Constitución.

Asustado, Chávez se resignó, bajando la voz:

—Estoy en sus manos, señores generales. Hagan conmigo lo que ustedes crean conveniente. Pero yo no voy a renunciar ni a firmar esos papeles apócrifos que me han traído.

—Entonces irá preso! —rugió Rondón.

—Y lo fusilaremos por traición a la patria! —amenazó el adiposo general Rosado, quien mitigaba la tensión comiendo pequeños emparedados de queso derretido.

—No firmes, Hugo —dijo el ministro Rangel—. Debemos resistir hasta quedarnos sin cartuchos.

–¡Silencio, Matusalén! –lo mandó a callar Velásquez, el jefe de los conjurados.

Luego miró a sus compañeros de armas y les dijo:

–Señores generales, cumplan su deber, ustedes son hombres dignos.

A continuación, le dijo al presidente Chávez:

–Le comunico que a partir de ahora queda arrestado, bajo la custodia de las fuerzas armadas nacionales.

Chávez respondió:

–Hagan conmigo lo que quieran. Solo les pido dos cosas: no me muestren esposado en la televisión. Y déjenme salir del país.

–¡No, señor! –se envalentonó Rondón–. Usted debe responder a la justicia por los crímenes que ha cometido.

–Su destino es un calabozo, Chávez –le espetó Velásquez.

–Se equivocan gravemente, señores –dijo Chávez–. La tradición indica que el mandatario depuesto parte al exilio. Lo mejor es que yo me vaya antes del amanecer.

El jefe de la confabulación, el ventrudo general Velásquez, le dijo a Chávez:

–Queda arrestado por crímenes de lesa humanidad.

Chávez soltó una risa cínica y respondió:

–Carajo, Velásquez, ahora también eres fiscal y juez. Ya me juzgaste y ya me condenaste.

–¡Quítese ahora mismo el uniforme militar! –le ordenó Velásquez.

–¿Me quieres ver sin ropa? –se burló Chávez–. Ya me habían dicho que bateas para el otro equipo, que eres bate quebrado.

Luego soltó una risa displicente, la mueca de una hiena amenazada.

–Le ordeno que se quite ahora mismo el uniforme militar –insistió Velásquez–. Usted ha mancillado el honor de las fuerzas armadas. Usted cree que somos su ejército personal.

–La vaina está jodida, entonces –musitó Chávez, derrotado.

Lentamente, el presidente se quitó la chaqueta y el pantalón, quedando en camiseta y calzoncillos. Luego le alcanzaron

una ropa de su vestuario personal y apareció vestido como civil. El general Rondón confiscó la pistola de Chávez.

–¡Lléveselo ahora mismo a Fuerte Tiuna! –ordenó Velásquez–. ¡Y que no se comunique con nadie!

Rondón se llevó a empellones a Chávez, quien no opuso resistencia. El veterano ministro Rangel se retiró, presuroso, temiendo que lo detuvieran a él también. Velásquez se sentó en el asiento que Chávez había desocupado, en la cabecera de aquella larga mesa ovalada en el despacho presidencial, tomó aire como disfrutando del insólito momento, del sueño cumplido, del golpe victorioso, y le dijo al gordo Rosado:

–A partir de este momento nosotros somos el gobierno provisional de Venezuela.

Desabotonándose la chaqueta que parecía a punto de estallar, Rosado aplaudió, eufórico.

–Que el general Lucas Rondón anuncie en televisión que Chávez ha renunciado, que ha firmado su renuncia –dijo Velásquez.

Los conjurados se abrazaron, incrédulos de haber capturado el poder sin disparar un solo tiro.

–Y que Rondón muestre en televisión el acta de renuncia firmada por Chávez –ordenó Velásquez.

–Pero Chávez no ha firmado nada –observó Rosado.

–Entonces que Rondón firme por Chávez –dijo Velásquez, con aire cínico, desfachatado.

El general Rosado se puso de pie y preguntó:

–¿Qué vamos a hacer con Chávez? Lo más sensato sería mandarlo a Cuba.

–No irá a Cuba –dijo Velásquez–. Lo juzgaremos en una corte militar, lo condenaremos por traición a la patria y lo fusilaremos.

–Más fácil será que lo suicidemos en unas horas, después de que hable Lucas Rondón en cadena nacional, anunciando que ha renunciado –dijo el gordo Rosado, y ambos soltaron unas carcajadas estruendosas, el ruido insolente y vulgar de quienes habían capturado el poder.

—Otra vez preso, como hace diez años —le dijo Chávez a Rondón, cuando se dirigían en helicóptero a Fuerte Tiuna.

Diez años atrás, Chávez había comandado un golpe militar contra el presidente Carlos Andrés Pérez, asaltando el palacio de Miraflores y fracasando en esa primera tentativa de conquistar el poder.

—Pero aquello fue un golpe de Estado, Chávez —le dijo Rondón, sin siquiera mirarlo, con un cierto desdén.

—Y el de hoy también es un golpe, Rondón —dijo Chávez.

—No, Hugo —dijo Rondón, animándose a tutearlo—. Lo de hoy es un triunfo del pueblo venezolano. La gente ya no te quiere. La gente está arrecha porque mandaste a tus francotiradores a disparar contra la marcha. Ha sido una masacre, Hugo, ha muerto mucha gente buena por tu culpa. La gente no quiere tu comunismo. Lo de hoy no es un golpe, sino un triunfo de la democracia y los derechos humanos —dijo Rondón, quien se jactaba de hablar bien en público, quizás hasta mejor que Chávez, lo que era una rareza en aquel país, un militar que hablase bien.

Tan pronto como aterrizaron en Fuerte Tiuna, Chávez fue rodeado por numerosos soldados desafectos a su autoridad y Rondón les dijo:

—Me lo encierran bien encerrado. Le dan un traje de presidiario color naranja. Queda incomunicado. No habla con nadie el preso Chávez.

—¿Y adónde vas tan apurado? —preguntó Chávez.

—A la televisión —dijo Lucas Rondón—. Hablaré en cadena nacional. Anunciaré que has renunciado.

—Buena suerte, traidor —dijo Chávez, quien horas atrás era el hombre más poderoso del país, el jefe de la revolución, el líder de los humillados y los oprimidos, la voz de quienes no tenían voz, y ahora de pronto se había convertido en un hombrecillo asustado, derrotado, caminando rumbo a un calabozo, empujado por unos militares con los rostros encapuchados.

—La vaina está jodida —dijo Chávez, y escupió la saliva amarga de quien pierde el poder.

Julio, 1954

Hugo Chávez nació un 28 de julio, día de la independencia del Perú. Su padre, Hugo de los Reyes, era maestro de escuela y militante en un partido de la democracia cristiana. Su madre, Elena, parecía condenada a tener hijos: primero nació Adán, luego Hugo y después Narciso, Aníbal, Argenis, Enzo, quien murió siendo un bebé, y Adelis. A pesar de que a la señora no le gustaba parir, su marido le adjudicó siete hijos. Como eran tantos niños, los dos mayores, Adán y Hugo Chávez, vivían con su abuela paterna, Rosa Inés Chávez. Le decían mamá. A veces la abuela Rosa Inés le preguntaba a su nieto Hugo:

—¿Tú amas a tu mamá?

Chávez respondía:

—No. Yo la respeto.

Chávez amaba a su abuela más que a su madre. Fue su abuela quien lo llevó al colegio el primer día de clases. No lo dejaron entrar porque no calzaba zapatos. Llevaba unas alpargatas viejas, gastadas, y no tenía otros calzados. Su abuela Rosa Inés lloró de humillación y juró que algún día dejarían de ser pobres. Como Chávez mostraba un precoz talento para dibujar y pintar, sentenció:

—Serás un pintor famoso. Serás nuestro Goya, nuestro Velázquez.

Chávez pintaba para hacer feliz a su abuela. Le tenía miedo a su madre porque esta era muy severa y a veces le pegaba bofetadas, cachetadas y nalgadas. La abuela, en cambio, lo consentía. A veces, caminando por las calles de Sabaneta, donde

vivían, Chávez y su abuela se encontraban con Elena Frías, la madre de Chávez, y el niño le pedía a su abuela que cambiase de acera para no saludarla, para fingir que no la habían visto. Ya en el colegio, Chávez descubrió que su verdadera pasión no era pintar, sino jugar al béisbol. Era un buen bateador y un mejor pitcher. Mientras jugaba al béisbol, narraba lo que estaba aconteciendo con la elocuencia y la vibración de un locutor deportivo, lo que sus compañeros celebraban entre risas. Le decían El Zurdo o Tribilín. Admiraba a un famoso beisbolista venezolano llamado Néstor «Látigo» Chávez. Quería ser como él. Un domingo por la mañana, cuando Chávez tenía catorce años, mientras su abuela le preparaba el desayuno, la radio anunció que el «Látigo» Chávez había muerto en un accidente aéreo en Maracaibo. Fue un trauma para el adolescente. Llorando, tembloroso, le comunicó a su abuela:

—No seré pintor. Seré pelotero.

Tal vez por eso, dos años después, cuando terminó el colegio, no quiso mudarse a Mérida, como le pedía su padre, Hugo de los Reyes:

—Debes estudiar ingeniería en la Universidad de Mérida porque allí es profesor mi hermano.

Chávez se negó:

—No iré a Mérida porque allí no se juega béisbol, sino fútbol.

Su padre quedó pasmado.

—Y yo no quiero ser ingeniero, sino pelotero —se sinceró Chávez.

Semanas después, una delegación de la academia militar de Caracas llegó a Sabaneta buscando aspirantes a cadetes. Chávez concurrió a la exposición y decidió que postularía a la academia militar.

—Pero no quiero ser militar, mamá querida —le dijo a su abuela Rosa Inés, a quien llamaba mamá o mamita—. Entraré a la academia, estudiaré un año y luego me retiraré y me quedaré en Caracas a jugar pelota.

–Tú no has nacido para ser militar –le dijo su abuela, contrariada–. No debes presentarte a la academia, Hugo –le aconsejó, en tono maternal–. Si entras, ya no podrás salir, hijo mío.

Con apenas diecisiete años, Chávez ingresó en la academia militar y se mudó a Caracas. No le interesaba la vida militar. Le apasionaba la vida deportiva y, si acaso, también la política. Había dejado a una novia en Sabaneta, una chica muy bonita llamada Telma Torres. Le mandaba fotos en blanco y negro, ya como cadete, con el uniforme militar, y unas cartas inflamadas de amor. Pero la madre de la jovencita no veía con simpatía a Chávez. Lo detestaba. Lo llamaba:

–Cara de crimen. Carecrimen. Ese Hugo es un carecrimen.

La señora avizoraba en Chávez un futuro sórdido en el mundo del hampa. Pero su hija Telma amaba al joven aspirante a cadete y lloraba cuando leía sus cartas traspasadas de urgente pasión amorosa.

Por supuesto, Chávez también escribía cartas a su abuela Rosa Inés, pero ninguna a su madre, Elena, ni a su padre, Hugo de los Reyes.

–He vivido mis primeros diecisiete años contigo, y aprendí muchas cosas de ti, a ser humilde pero muy orgulloso, y lo más importante que heredé de ti es el espíritu de sacrificio que a lo mejor me lleve muy lejos –le escribió Chávez a su abuela, desde la academia militar de Caracas.